

Kajkanantik

El santo que quiere cambiar de casa

A don Alux Hernández

Eran las seis de la mañana, horario de Dios, de un día típico de febrero en la región de los Altos de Chiapas. La cabecera municipal de Tenejapa amanecía fría, neblinosa, con una llovizna fina, casi invisible pero penetrante. La vista no servía más que para ver las cosas cercanas; una multitud de sombras mudas surgían y se desvanecían en el nuboso ambiente, señal única de la gente que empezaba a llenar la plaza.

La puerta de la Iglesia, dedicada a San Ildefonso, estaba abierta, como siempre. Dentro algunas mujeres y menos hombres, de rodillas, con una gran vela entre las manos, oraban devotamente. En el ambiente umbroso del templo, a la vacilante luz de las velas, el santo los miraba fijamente, atento a sus plegarias. Como en casi todos los municipios de esta región montañosa, el santo patrono es una mezcla de atributos y capacidades distintas a las asignadas por la religión católica, quizá solo la representación humana de una entidad divina más compleja, ancestral. Cada municipio tiene su santo patrón, protector y confidente: San Juan para Chamula; San Pedro para Chenalhó; San Pablo para Chalchihuitán; San Ildefonso, Kajkanantik, para Tenejapa. Con él se puede hablar, dialogar, y hasta reclamar sus acciones, lo que sin duda lo hace venerable, mucho más querido y muy

confiable consejero para las decisiones de la vida cotidiana...

Sentado al volante de su taxi, estacionado a unos metros de la iglesia, Alonso (o *Alux*, como también le dicen en tseltal) se estiraba, bostezaba y se tallaba los ojos. Sin notarlo, había dejado encendidas todas las luces, tanto dentro como fuera del auto. A sus 19 años, su cabeza aún daba muchas vueltas.

El recuerdo de las palabras de su primo Pedro, *Petul*, no dejaba de atormentarlo: *Vámonos a los Estados Unidos, allá puedes trabajar un tiempo, juntas la paga de tu casa y te regresas.*

Seguía pensándolo porque no quería dejar solos a sus padres, ya cansados de criar cinco hijos. Tampoco se decidía porque la milpa, el maíz, esos padres ancestrales, tenían algo que lo atraía, que lo mantenía fijo en su paraje. Sin advertirlo completamente, empezó a revisar su barba en el espejo retrovisor del taxi, intentando arrancar algunos de los pelos peor ubicados.

Aunque aún era muy temprano, Alonso estaba por completar el primer circuito del día entre la cabecera municipal y los cálidos parajes del norte, territorio del café: Crusch'en, Poko'lum, Chana', Jomalnichim, Pakte'ton y puntos intermedios. Sabía también que los jueves, como hoy, día de mercado, quizá a media tarde hubiera ya juntado suficiente dinero como para regresar temprano a su casa.

De repente, a sus espaldas, en el espejo, percibió unos pies recios, oscuros, curtidos de camino, calzados con *caites* de cuero grueso, como los que usaba su abuelo, difunto ya. Volteó rápidamente y vio acercarse a un anciano de aspecto fuerte, vestido con el negro y pesado *tsibalcuil*, abrigo de lana de borrego fuertemente atado a la cintura con el cinto o *chujkilal*, aunque sin ocultar el corto calzón de manta blanca con elaborados

bordados rojos y negros, muy finos y fuertes, el vistoso *luchul wex*. La penumbra del sombrero le ocultaba media cara y la tenue luz del amanecer sólo dejaba ver un cuello grueso, un mentón macizo y parte de una boca fina. En su brazo izquierdo acunaba amorosamente una masa oscura, de la cual emergían, lustrosas y firmes, abundantes hojas largas y angostas.

Sin pensarlo siquiera, Alonso se dirigió a él en tseltal, preguntándole a dónde iba: *¿Banti ya xbat, tatik?* No obtuvo respuesta, por lo que pensó que el anciano no lo había escuchado y decidió bajarse para platicar con él. Enderezó el cuerpo para abrir la puerta, salió del taxi y se irguió al tiempo de darse media vuelta para encarar al *tatik*. Pero éste ya no estaba... tal vez nunca estuvo allí...

Desconcertado, Alonso entró nuevamente al taxi, apagó todas las luces, se recargó en el asiento y empezó a recordar las palabras que su padre le dirigió la última vez que intentó convencerlo de trabajar su tierra: *Alux, kerem* [muchacho], *debes saber que Kajkanantik está muy triste porque la gente ya no se acuerda de él. Está también triste porque la gente, sus hijos, ya no quieren trabajar ni cuidar el café. Por eso sale a los caminos para buscar quien lo quiera y regalarle unas matas de café. Ya ha llegado a ofrecerlas hasta Chamula, porque dice que ahora ya se va a poder cultivar café en tierra fría...* ❧

Trinidad Alemán es técnico académico del Departamento de Agricultura, Sociedad y Ambiente (taleman@ecosur.mx).